

## José Alonso y Trelles (El viejo Pancho)

Estamos muy lejos de proclamar, como canon estético, que las ideas deban presentarse a la escena del mundo desarrapadas y andrajosas. Por el contrario, no se nos escapa que a las ideas, lo mismo que a los hombres, generalmente se las juzga por las trazas.

Es necesario distinguir entre la desnudez y el pauperismo, y a poco que se reflexione se convendrá en que aquella es la expresión más natural y más armoniosa de la belleza.

Pero, aparte de la dificultad, que únicamente el talento puede superar, existe cierto pudor, por decirlo así, en presentar los pensamientos sin la adánica hoja de parra.

Los maestros franceses de la pasada generación, enamorados de la pompa suntuaria, vistieron las ideas con un boato oriental, boato que luego el peligroso fervor de los neófitos hizo degenerar en cargazón impertinente y en churrenguería.

Perdura aún, para desdicha de las letras, cierta desmedida afición al malabarismo rítmico, a las paráfrasis hinchadas, al ripio erigido en rito y a la adjetivación vistosa y detonante.

Y, consecuencia de todo esto es que, estragado nuestro paladar por los adobes retóricos y las reposterías empalagosas, ansiemos vivamente el pan y la leche de las cabañas.

Toda esa sencillez, transparencia y pureza, sin alquimias y sin complejidades, la encontraremos en los versos de José A. y Trelles, que es uno de los poetas más emotivos del parnaso indígena, conocido, en las ruedas de los fogones campesinos mejor que en los cenáculos y en las cofradías literarias, por el pseudónimo de «El viejo Pancho».

..

Esa sencillez, que nosotros reputamos condición sobresaliente en un escritor, constituye para muchos un síntoma mortal de decadencia o de pobreza.

Ante una obra en la cual el autor ha usado más sobriedad de técnica, la mayoría de las gentes tiene un esguince desdénso:

— ¡Cualquiera haría lo mismo!

Es que cuesta creer que esa facilidad, «la difícil facilidad» horaciana, y esa simplicidad, — el huevo de Colón de los entes poco avisados, — no rebaja, sino que por el contrario enaltece, el mérito del creador.

El artista expresa, — y el poeta popular con mayor razón, — lo que está en el espíritu de todos, pero que sólo puede surgir con el concurso del genio, que lo corporiza y le infunde el soplo de la vida.

No pocos censores encontrará, además, Trelles, entre los enemigos de la literatura regional, por el hecho de sentir y hablar regionalmente.

Es un preconcepto bastante difundido el de que no hay en el terruño ideas, afectos, costumbres, leyendas ni tradiciones dignas de ser metrificadas. Todo ello sin perjuicio de que esos mismos zollos y aristarcos se extasien con los cantares murcianos Vicente Medina o con los aires gallegos de Cúrruz Enriquez, por no citar

más que dos ejemplos ilustres. Es que en esto, como en otras cosas, nos parecemos a los chicos mimosos que siempre encuentran mejor el pan del vecino ....

..

Aunque español por su nacimiento —, y trabajo nos cuesta resistir a la tentación de trasladar a las cuartillas las consideraciones que esta circunstancia nos sugiere, — «El viejo Pancho» es el más nuestro de los poetas nacionales. Desde que, hace algunos años, leímos «La güeya», nos percatamos de que nos hallábamos en presencia de una personalidad verdaderamente autónoma, original, definida y vigorosa.

El recuerdo de un amor infeliz, la nostalgia de los tiempos idos, el consuelo de la vihuela sonora y la angustia de ver a la patria sangrando por los odios fraticidas, son los sentimientos cardinales que informan su creación poética.

Una nube de amargura y de excepticismo esombrece sus rimas; pero su pesadumbre no se resuelve en elegías clamorosas y sollozantes sino en una en una tristeza viril y enconada.

Los que creen que la trascendencia ética del arte debe fluir, directamente, de la acción de la obra, de manera que el bien o el mal tengan su premio o su castigo, pueden acusar a Trelles de exaltar, en el gauchó, ciertas pasiones inferiores.

Nosotros no compartimos esa pueril teoría, pues creemos que el arte, para adquirir más eficacia como instrumento moral, no debe crear un mundo aparte, independiente de la vida, sino que debe fundirse dentro de ella; pero, no obstante concedemos que efectivamente nuestro poeta adula ciertos impulsos subalternos que el progreso social repudia y condena.

Sin embargo, no desconocemos al poeta el derecho de defenderse de esta inculpatión — que es un punto de vista personal, — y lo que es más, de defenderse sin necesidad de apelar a argucias ni sutilezas.

..

“El viejo Pancho” sabe evocar con maestría las épocas pretéritas en que el gauchó era libre sobre la tierra libre: — la existencia pintoresca y errante, el hartazgo fácil, la lujuriosa expansión de las pasiones, la vida heroica y la epopeya, — y se duele al ver la descendencia miserable y baja de aquellos centauros de “vincha y lazo”

que cuando estas quebradas no habían sentido más arao que la trompa de los peludos, se golpiaban la boca putiando alcaldes, ginetes en baguales de los más crudos.

Júzguese, por este fragmento de “Fruta del tiempo”, el poder de evocación del poeta:

.... Deje no más, deje no más qu'el viejo se quede en sus taperas, viendo pasar por las cuchiyas verdes las alegres visiones con que aún sueña: que no sepa ese ombú donde ha colgado su guitarra sin cuerdas, ande otro tiempo recostó su lanza al volver vencedora de la guerra....



# José Alonso y Trelles (El Viejo Pancho)

El recuerdo de la ingratitud de la "china", a la que sigue adorando en silencio apesar de su perfidia, le hace arrancar de su lírico instrumento notas como esta:

¡Con decir que me paso muchas noches  
sin que a mis ojos se acoyere el sueño,  
viendo siempre a esa china hasta en lo oscuro  
como si fuese luz todo su cuerpo!

«El viejo Pancho» reproduce, fidelísimamente, la modalidad psicológica del gaucho que ama la guerra y aún la guerra de cintillo, por temperamento, por educación y por atavismo y sobre todo porque la guerra le da ocasión para reivindicar los fueros de su personalidad subversiva y dar rienda libre a sus impulsos ancestrales, a sus tendencias en cierto modo ácratas, contenidas y refrenadas en la paz por el alambrado y por el comisario, vale decir, por la propiedad y por la autoridad. Sin embargo, por extraño dualismo sentimental, lo conmueve el espectáculo de luto y horror que ofrecen las herbosas colinas del suelo nativo, maculadas por la sangre de hermanos.

Deshojalas no más p'ó ande tu quieras,  
que en la patria de Artigas,  
tanto son cementerios las quebradas,  
como son camposantos las cuchuyas.

Las almas de las madres  
van siguiendo entuavía  
el vuelo e los caranchos, que señala  
el lugar en que fueron las guerriyas.

..

Esta forma, retaceada y fragmentaria, no es la más recomendable por cierto para dar una idea de la modalidad de nuestro agreste poeta.

Mejor que todo eso, es reproducir una de sus composiciones: «Cosas de viejo», por ejemplo, poemita que nos es particularmente grato y en el que encontramos una emoción y una melancolía no superadas en la lírica nativa.

Una moza joven y linda, pregunta al viejo, porque anda, — y obsérvese de paso la fidelidad con estas dos palabras expresan un estado psicológico, — «como enojao y triste».

El viejo, hermético como todos los que viven en su corazón el implacable cáncer de un oculto dolor, se resiste a desnudar su alma torturada.

¿Qué por qué ando yo ansina como enojao y triste?  
¿Pa qué querés saberlo, mi linda flor de ceibo?  
¡Los días del verano, que son p'al mozo auroras,  
Son tardes melancólicas pa los que van pa viejos!

Pa yo poder contarte la historia de mis penas,  
Tendría que ir despacio plando mis recuerdos...  
¡Dejalos que el olvido los ate a su palenque,  
Que yo, pa dir guapiando, ya no preciso de eyos

Más bien sebá un amargode los que tú acostmbras  
Pa despuntar el vicio... para dir haciendo tiempo  
¡Quién sabe si algún día, sin óirlo de mis labios  
No sabes por qué peno!

Pero hoy tuavía es temprano pa que esa cabecita  
Que pide pa adornarse la roja flor del ceibo,  
Compienda que se pueden hayar sobre la almohada  
Tristezas que nos áhugan, en vez de lindos sueños

Andá. cebáme un mate, que yo, pa entretenernte  
Te vi a contar un cuento,  
Que aunque es todo mentira  
Tal vez se te haga cierto.

Y condescendiendo a descubrir su secreto por medio de esta ficción, — cuya originalidad pero no cuya belleza puede discutirse, — prosigue:

Era, como tú, moza, y era, como tú, linda  
Y, como tú, tenía por ojos dos luceros  
Ande se achicharraban de un corazón las alas,  
Del corazón del gaucho que se miraba en eyos.

La sustitución del pronombre «vos» por el «tú», que el paisano no emplea o emplea raramente, — sin que para ello puede invocarse el atenuante de una exigencia retórica, — perjudica la energía y el sabor indígena de esta estrofa. Y que se nos perdone el sacrilegio de interrumpir el vuelo lírico del poema con una observación tan antipática y pedestre.

Era un cantor y poeta, de esos que en la guitarra  
Ponen en vez de cuerdas sus delicados nervios,  
Y cantan en sus décimas bravuras de los héroes  
Y penas en sus «tristes» y amores en sus «cielos»

¡Eya tuyo al principio, p'al payador amante  
En los ojos ternuras y en la boquita besos...  
¡Eran como palomas que van buscando el monte  
Pa hacer entre los sauces el mudo de sus sueños!

El viejo, al evocarla, revive su íntima tragedia. La emoción sacude su espíritu, pero intenta disimularla y torcer el sesgo de sus pensamientos.

Dispués... ¿sabés, mi china, que está lindo tu mate?  
Más lindo que mi cuento,  
No des güelta a la yerba, seguí, seguí cebando  
pa ver si se me apaga la sé que estoy sintiendo.

En el corazón del viejo, el dolor y el orgullo luchan en silencio, y sin quererlo sus ojos se humedecen. Pero, inmediatamente, su altivez de varón se subleva. Un macho no puede llorar. Y pretexta:

Dispués... ¡óigale el duro! ¿Saébs que no me acuerdo?  
Mirá, sacá esa astilla que está haciendo humadera...  
Me yoran ya los ojos... Prestáme tu pañuelo!

..

Trelles ha publicado un solo libro de versos: «Paja Brava». Además, ha escrito otras poesías que andan por ahí desperdigadas en revistas y periódicos.

Su producción no es, pues, muy copiosa, y de su obra, — que está reclamando a gritos una enérgica purga, — subsistirán ocho o diez composiciones, lo que es bastante para salvar del olvido su personalidad literaria.

Esto, que a simple vista parece una lapidación es, sin embargo, un altísimo elogio. Recuerdese, si no, a Jorge Manrique...

¡Y cuántos nos daríamos por bien servidos con mucho, con muchísimo menos!

CÉSAR MAYO GUTIÉRREZ.